

siastes, el *Eclesiástico* y el libro de *Sabiduría*. La forma dominante es la del proverbio, antiguo compendio del saber antes que se introdujese la prosa. Los doce capítulos del *Eclesiastes*, describen los padecimientos de tantas almas como en aquellos tiempos, lo mismo que en los nuestros, andaban perdidas entre deseos infinitos y desmayada desolación. El Escéptico, el materialista, el panteísta, encuentran ya allí sus sistemas que han ido resucitando de tiempo en tiempo. «¿Qué resta al hombre de todo cuanto trabaja? pregunta el *Eclesiastes*. Las generaciones nacen y mueren, la tierra queda. Lo que fué es lo que será; lo que se ha hecho, es lo que se ha de hacer: nada es nuevo bajo el sol; y no sirve decir esta es novedad, porque otros hace siglos nos precedieron en ella. Exminé cuanto hay bajo el sol, y en ninguna parte hallé más que vanidad; y vi que cuanto más saber se adquiere; más crece la indignación. Entonces quise gozar, edifique soberbios palacios planté viñas y huertos, formé estanques de agua, tuve siervas y criadas y ganados mayores; y rebaños de ovejas, y oro y plata, y cantores y cantoras, y toneles de vino; y nada me negué de lo que deseaban mis ojos, pero vi que todo era vanidad. Busqué también la sabiduría, y conocí que el sabio y el ignorante acaban de un mismo modo. ¿De qué sirve, pues, al hombre tanto afán, si sus días están llenos de dolores y padecimientos? Descubrí las calumnias que se cometen bajo el sol, vi las lágrimas del inocente, vi que no tenía quien lo consolase, y que privado de todo auxilio no podía resistir á la violencia; y conocí que era más feliz el muerto que el vivo, y más todavía el que no ha nacido ni probado los males que nos afligen bajo el sol.»

«No parece este el descontento de Renato y Child-Harold? Pues todavía el *Eclesiastes* va más allá, y dice que «el hombre nada tiene que lo eleve sobre la condición del bruto; que todo camina á un mismo fin; que hijos de la tierra á la tierra volvemos, y ninguno sabe si el espíritu de los hijos de Adam subirá, y si bajará el de los asnos; que el cuerpo se convertirá en ceniza, y el espíritu se disipará como aire ligero; se esparirá como polvo.» ¡Véase cuán antiguos son estos errores! Contra ellos protesta el sabio teniendo presente que Dios

examina y juzga todas las obras buenas y malas.

Desde las formas doctrinales se elevan paso á paso estos libros filosóficos hasta la poesía, como en el elogio de la sabiduría y en la descripción de la ociosidad. Como pintura de las costumbres hebreas, compárense las dos siguientes:

«Hijo mio, di á la sabiduría: *mi hermana eres tú*, y llama amiga tuya á la prudencia, para que te guarde de la mujer ajena que endulza mis palabras. Desde la ventana de mi casa miré por las celosías, y viendo unos párvulos, considero un mancebo insensato, el cual pasa por la plaza junto á la esquina, y se anda por cerca de la casa de aquella, en lo oscuro cuando ya va anocheciendo, en las tinieblas y oscuridad de la noche. Y hé aquí una mujer que le sale al encuentro con atavío de ramera, prevenida para cazar las almas, parlera y cantonera, sin sufrir sosiego, y que no puede tener sus piés puestos en casa, acechando unas veces fuera, otras en las plazas, otras en las esquinas. Y asiendo del mancebo, lo besa, y con semblante desvergonzado, lo acaricia diciendo: *Sacrificios ofrecí por tu salud, hoy he cumplido mis votos. Por esto he salido á tu encuentro deseosa de verte, y te he hallado. He recordado mi lecho, y le he puesto por paramentos cobertores bordados de Egipto. He rociado mi cámara con mirra y aloe y cinamomo. Ven, embriaguémonos de amores, y gocemos de las caricias deseadas hasta que amanezca el día.* Porque el marido no está en casa, se fué á un viaje muy largo. Un taleguillo de dinero llevó consigo: el día del plenilunio ha de volver á casa. Lo enredó con muchas palabras, y lo arrastró con los halagos de sus labios; síguela luego como buey que llevan al sacrificio, y como cordero que retoza, é ignora el necio es traído á los grillos, hasta que una saeta le traspasa el hígado, como ave que va aprisa al lazo, y no sabe que su vida está en riesgo.»

En cambio, el sabio describe de esta manera la mujer fuerte, con arreglo, como dice el texto, á lo que en una visión le enseñó su madre:

«Mujer fuerte, ¿quién la hallará? Su precio es inmenso, como el de las cosas que vienen de los últimos confines de la tierra. Confía en ella el corazón de su esposo, y de despojos no

«tendrá necesidad. Le dará el bien y no el mal en todos los días de su vida. Buscó lana y lino, y lo trabajó con la industria de sus manos. Hízose como nave de mercader que trae su pan de lejos, y se levantó de noche y dió la porción de carne á sus domésticos, y los manteniémos á sus criadas. Puso la mira en un campo y lo compró; del fruto de sus manos plantó una viña. Ciñó de fortaleza sus lomos, y fortaleció su brazo. Gustó y vió que su tráfico era provechoso: no se apagará su candela durante la noche. Echó mano de cosas fuertes, y tomaron sus dedos el huso. Abrió su mano al desvalido, y extendió sus palmas al menesteroso. No temerá para los de su casa los frios de la nieve, porque todos sus domésticos vestidos están de ropas dobles. Hizo para sí un vestido acolchado, y se vistió de púrpura y de lino; su esposo será conocido en las puertas, cuando se sentare con los senadores de la tierra. Echó delicados lienzos, y los vendió y entregó cíngulos al mercader cananeo. Abrió su boca á la sabiduría, y la ley de la clemencia está en su lengua. Consideró las veredas de su casa, y no comió ociosa el pan. Levantáronse sus hijos, y la predicaron por beatísima, y su marido también la alabó. Muchas hijas allegaron riquezas: tú las has sobrepujado á todas. Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; la mujer que teme al Señor, esa será alabada. Dadle el fruto de sus manos, y alábenla sus obras en las puertas.»

Pero la obra más sublime de poesía filosófica es el libro de Job. Ya sea éste original hebreo, ó ya lo tradujera Moisés del árabe para consolar á su pueblo en la esclavitud, ninguno corresponde mejor á la elevación y á la miseria de la condición humana, á la fatalidad y á la Providencia, á las pruebas á que Dios somete á los buenos para hacerlos mejores. El héroe, verdadero ó supuesto, muestra la lucha entre el genio del mal y el del bien y el vigor del hombre que con heroica resignación acepta las desgracias como pruebas á que Dios le somete; destruye el fundamento en que apoyan sus blasfemias los que pretenden tomar por medida de la moralidad los bienes ó los males de este mundo, y por último, sale triunfante de todas estas pruebas.

Se cree generalmente que el verso hebreo

no tenía medida de sílabas como el nuestro, ni de tiempo como el de los griegos y latinos. La forma predominante en él es el paralelismo, es decir, la sucesión de pensamientos y el movimiento rítmico, no de las sílabas y palabras solamente, sino de las imágenes y de los sentimientos en libre simetría, la cual en los salmos se observa tanto en cada verso y en cada miembro de verso, como en la estructura de toda la composición: forma mucho más grandiosa que la rima y el ritmo, y que favorece el movimiento en vez de dificultarlo. Dedúciase esta forma naturalmente de ser tales salmos destinados para el canto alternado, en que el pueblo hacia coro. Una parte de él decía: *El Señor ha reinado, regocijese la tierra*; y la otra añadía: *Regocijense todas las islas*. Y continuaba la primera: *Nubes y nieblas lo rodean*; y respondía la segunda: *El juicio y la justicia son las columnas de su trono*.

La poesía de los hebreos sobresalió también entre la de los demás pueblos, por ser completamente nacional, y estar del todo unida á su existencia. Sus dos mayores poetas fueron el legislador y su mejor rey, cuyos himnos se cantaban en todas las fiestas, y con este fin la música entraba como parte principal de la educación. Desde los primeros tiempos se establecieron escuelas de profetas, esto es de cantores, y Samuel describe una turba de profetas que bajan de una altura cantando al són del címbal, el salterio, la flauta y la cítara.

El arte del canto floreció mayormente en tiempo de David; el cual organizó veinticuatro coros con cuatro mil levitas destinados á cantar en las solemnidades públicas; y puso á su cabeza á Eman, Idetum y Asuf, poetas también insignes. Cuando los afeminados cantores de nuestros tiempos, hacinados en teatros cubiertos, gorguean amores y pasiones, con frecuencia exageradas y siempre extrañas á los sentimientos del público, ¿qué pueden ofrecer que llegue á aquellas majestuosas solemnidades religiosas y populares? Figurémonos á todo Israel entre el monte Ebal y el Garizim, teniendo al Jordan en medio. Los levitas cantan: «¡Maldito el que esculpió ó fundió imágenes de ídolos, maldito el que no honra á su padre y á su madre, el que invade las propiedades del vecino, el que extravía al ciego, el que no hace justicia al

«extranjero, á la viuda, al huérfano: el que peca con la mujer ajena ó pariente! el que mata á traicion al prójimo, el que por salario da falso testimonio!» y cada verso la mitad del pueblo respondía desde Ebal: *maldito ó bendito desde Garizim.*

No debía borrarse de la memoria el cántico compuesto para solemnidad de la traslación del arca á la cumbre del Sion. Abrian la procesion los levitas y cantores en diversos coros, y al són de los instrumentos cantaban alternativamente: «El Señor es la tierra y su amplitud: el ámbito de la tierra y cuantos en ella habitan. Sobre el monte la fundó: la estableció sobre los rios.»

Luego al comenzar á subir la cuesta preguntaban:

«¿Quién ascenderá al monte del Señor? ¿quién estará en su lugar santo?» y todo el coro respondía: «El que esté puro de manos y de corazón, el que no haya abandonado su alma á la vanidad, ni jurado para engañar á su prójimo.»

Después cuando el arca se acercaba al sitio destinado, se entonaba con doble armonía este cántico: «Alzad oh, príncipes vuestras puertas: levántense las puertas eternas, y entrará el rey de la gloria.»

Entonces los que estaban en la altura preguntaban: «¿Quién es ese rey de la gloria?»

Y todos respondían: «El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en las batallas, el Señor de las virtudes.»

Otras veces los salmos revelan las angustias interiores del inspirado poeta; pero la alegoría predomina en ellos, y los convierte en cánticos de esperanzas y de promesas generales. El poeta no describe á la humanidad tan solo bajo el aspecto risueño ó desconsolado; la pinta también con sus tristezas y consuelos, los súbitos temores y las súbitas esperanzas, y refiere las penas del amor y del odio, la flaqueza de la duda y el poder de la persuasión. Como toda poesía que tiende á vivir en los recuerdos del pueblo, sus imágenes están tomadas de las costumbres de éste; en ella, por otra parte, todo tiene vida y acción; los montes tiemblan ó se regocijan, el abismo alza su voz, las aguas ven á Dios y se asombran. Jeremías exclama: «Oh espada del Señor ¿cuándo descansarás? Vuelve

á la vaina, reposa y enmudece. ¿Pero cómo ha de descansar si Dios la mandó aflarse contra Ascalon y contra sus provincias marítimas?» Si Jeremías llena el alma de sagrada melancolía, si Ezequiel nos arrebatara con su vigor extraordinario, Isaías no tiene igual en ningún idioma. Especialmente cuando hablan de Dios es cuando toman un vuelo sublime los profetas sostenidos también por la concesión de un idioma tan escaso de vocablos. En Isaías se lee: «La tierra se balanceará como un hombre ebrio y desaparecerá como las tiendas levantadas en una noche.» En Nahum: El Señor en la tempestad, y en la borrasca sus vías, y las nubes son el polvo de sus pies: grita al mar y lo seca, y todos los rios se convierten; en desiertos.» En Abacuc: «Dios se levantó y midió la tierra; miró, y disolvió las naciones; los montes de los siglos fueron reducidos á polvo y las colinas del mundo se humillaron ante las vías de su eternidad.»

«En mi tribulación, esclama David, invoqué al Señor, y desde su templo me oyó. Se conmovió la tierra y tembló, y los fundamentos de los montes se estremecieron, porque tú estás indignado. Ascendió el humo de su ira, y su rostro despidió fuego ardiente, inclinó los cielos y descendió, y la niebla rodeaba sus pies: subió sobre un querubín, voló sobre las alas de los vientos y puso las tinieblas en derredor de sí como pabellón y lugar de retiro, y puso el agua tenebrosa en las nubes del aire.» (Salmo XVII). Y en otro lugar, penetrado de la idea de la presencia de Dios prorrumpe: «¿adónde me escaparé de tu espíritu y adónde huire de tu presencia? Si subiere al cielo tú allí estás; si descendiere al infierno estás presente; si tomare las alas del alba y habitare en las extremidades del mar aún allá me guiará tu mano y me asistirá tu diestra (Salmo CXXXVIII). Ó bien contemplado la naturaleza exclama con devota admiración: «Tú me has deleitado Señor en tu hechura, y con las obras de tus manos me regocijaré. ¡Cuán grandes son, Señor, tus obras, cuán profundo tus pensamientos; pero ni el ciego ve estas maravillas ni las comprende el insensato (Salmo XCI).»

David, el mayor poeta que ha tenido nación alguna, conoció que el hombre «fué concebido en la iniquidad y rebelde á la divina ley (Sal-

mo LVII); que el hombre es incapaz de obrar por sí mientras Dios no le conceda el óleo misterioso que ha de permitirle proferir palabras de alabanza y alegría.» (Salmo LXII). David en fin, pone su esperanza en el Señor; reprueba al incrédulo que se niega á creer por miedo de obrar bien (Salmo XXXV); explica las maravillas del culto interior que después debía el cristianismo revelar; y ruega al Señor que le enseñe á cumplir sus voluntades *porque él su Dios* (Salmo CXLII). Ningún filósofo antiguo había adivinado que la virtud consiste en obedecer á Dios por ser Dios. Así se vé dice De Maistre, que sus salmos son una verdadera preparación evangélica, no apareciendo en ninguna parte más visible el espíritu de la oración que es el espíritu de Dios y leyéndose en todas prometido el que hoy día poseemos. La oración es el carácter habitual de esas composiciones, aún en los pasajes en que refieren ó alaban; y después que su autor pecó, la expiación les dió nuevas bellezas, ya cuando hace penitencia, ya cuando en el centro de su soberbia ciudad «gime como el pelícano en el desierto, como el murciélago que vaga entre las ruinas, como el pájaro solitario en su nido (Salmo LI) y pasa las noches sollozando inundando su lecho de lágrimas (Salmo VI); porque el azote del Señor le ha herido (Salmo XXVII) ni tiene ya ningún miembro sano; ha perdido su voz y está privado de la luz, y no le queda más que la esperanza (Salmo XXXVII).»

A veces vuelve su vista al porvenir, y vé al mundo reunido bajo una sola ley, con una misma oración, cuando «de todas las partes de la tierra los hombres se acordarán del Señor, se convertirán á él, y se les mostrará, y todas las familias humanas adornarán su presencia (Salmo XXI).»

El carácter de las obras humanas es la imperfección; y no hay filósofo por grande que sea sobre cuya tumba no se haya sentado la posteridad para revelarnos sus errores, su ignorancia y sus contradicciones. No sucede así con la Biblia; y sin embargo, taca las cuestiones más elevadas y capitales, todos los enigmas de la ciencia, todos los misterios del hombre moral y físico, del tiempo y de la eternidad. La Biblia forma un todo único, desarrolla en grande escala la misma idea, el argumento

mismo, el hombre y el pueblo de Dios, ora dirigiéndose más especialmente á la divina redención, ora á la sociedad de los elegidos para custodiar la pabra de vida, aplicarla y difundirla; y lejos de descubrirse allí esa confusión de elementos que en las demás literaturas es señal de una lucha, y luego de una transacción entre las castas, las creencias y los diversos grados de civilización, aparece constantemente un sólo Dios, un sólo culto, una raza única, una misma idea que hacia ver en lo pasado, no un alimento á la curiosidad, sino toda la existencia, la nación, la unidad, y en el porvenir una multitud de sublimes promesas. Así al considerar que en vano se buscarían dos ideas contrarias, dos hechos que recíprocamente se desmintieran en aquellos libros escritos por muchos autores de tan distintos tiempos, lugares y condiciones, nos vemos obligados á reconocer en ellos un origen igual, una inspiración común.

Job deseaba que sus palabras fuesen esculpidas en piedra y el rey profeta cantaba: «Se escriben estas páginas para las generaciones futuras; y pueblos que no existen todavía, bendecirán al Señor (Salmo CI).» Estos votos fueron oídos, participando sus autores de la eternidad; porque mientras en los escritores profanos vemos las limitaciones que los lugares, los tiempos y la diferente habilidad imponen al pensamiento, observamos que la Biblia es el libro de todos los siglos, de todos los pueblos, de todas las situaciones; que tiene consuelos para todos los dolores, cánticos de alegría para todos los placeres, verdades para todos los tiempos, consejos para todos los estados; y en tanto que alimenta las almas con la palabra de vida, eleva el entendimiento y cultiva el gusto de lo bello. Ella inspiró la *Divina comedia*, el *Paraiso perdido*, las *Oraciones fúnebres* de Bossuet, la *Atalia* de Racine, la *Mesiada* de Klopstock, los *Himnos sagrados* de Manzoni. Y en cuanto al pensamiento humanitario, mientras los demás libros de la antigüedad tienden á establecer la inferioridad de alguna raza y el odio á las naciones extrañas, horrenda preocupación que vive aún no solo en la India y en la China, sino entre los pueblos que gozan de la ponderada libertad americana, la Biblia proclama con la unidad de Dios la de la humana es-

tirpe y una justicia superior á las combinaciones políticas; haciéndonos á todos hermanos, destinados á trabajar juntos en el destierro, para obtener el restablecimiento de la armonía destruida por la primera culpa. Ya David celebró esta armonía comun en la oracion y en la ley cantando: «El Señor es bueno para todos los hombres, y su misericordia se difunde á todas las obras; y su reino abraza todos los siglos y generaciones (Salmo CXLIV). Pueblos de la tierra, elevad á Dios voces de alegría, cantad himnos á su nombre, celebrad su grandeza con cánticos; decid á Dios: *Toda la tierra te adorará cantando la santidad de tu nombre.*» Pueblos, bendecid á vuestro Dios, haced sonar en todas partes sus alabanzas: sean, oh Señor, tus oráculos, conocidos de toda la tierra y extiéndase á todas las naciones la salud que de tí hemos recibido. (Salmo LXVI). Todo aquel que teme y observa tus mandamientos me tiene por amigo y por hermano (Salmo CXVII). Los pueblos unidos á sus señores no forman más que una sola familia para adorar á Dios (Salmo CI). Todo espíritu alabe al Señor (Salmo CL.)»

## CAPITULO XI.

### INDIOS.

#### Nociones generales.

Al abrigo de las montañas más altas del globo, que vienen á morir en fértiles y amenas colinas, está situada la India, teniendo por una parte el espectáculo del Océano y por otra el del Himalaya, vivificada por miles de arroyos y de grandes rios, en cuyas márgenes el sol vigoroso madura toda clase de frutos deliciosos no sembrados por manos de hombre. Innumerables rebaños pacen en inmensas praderas siempre verdes, que poco á poco van declinando hasta el mar, el cual, insinuándose entre la tierra, multiplica las bahías para los navegantes, que desde los tiempos más antiguos acuden á dejar su dinero, en cambio de las mercancías con que la naturaleza dotó privilegiadamente á aquel su país predilecto. Hasta cinco cosechas se recogen anualmente en las llanuras; y las colinas vestidas de palmas, de ananas, de árboles de canela y de pimienta, de vides, de rosas

perennes, tres veces ven madurar los frutos más exquisitos.

Pero al lado de tantas delicias levántanse hasta el cielo peladas rocas, entre las cuales más de veinte superan en altura al Chimborazo, mientras que por otras partes se estienden llanuras de arena cuyos desiertos jamás llegan á templar su aridez con el agua ni con la brisa de los montes. Los huracanes en ningun sitio desencadenan con más furia; precipítanse los rios formando grandes torrentes; y chocando sus olas, se agitan espumosas como el Océano durante la tempestad, hasta que mezclados atraviesan los interminables campos, para llevar al mar la guerra más bien que el tributo de sus aguas.

El valle de Cachemira principalmente, formado por la cordillera del Himalaya, que allí se divide en oriental y occidental con los nombres de Paropamisio y de Imavo, fué, por su felicísima situacion, tenido en concepto de algunos por el paraíso terrenal, donde cuatro rios, difundian la vida y la frescura, y donde se levanta el monte Merú habitado por el poder de Dios y por los cuatro animales fuertes. El Indo, bajando de aquellos montes, atraviesa el Pendjab, y forma al sur una delta que las aguas convierten regándolo en un jardin delicioso. En este país el hombre tiene robustas formas, son graciosas y armónicas la de la mujer, y ambos bénevolos con los extranjeros, enemigos de hacer daño no sólo á los hombres sino á la más pequeña criatura, alimentándose pacíficamente de leche, de arroz y de los frutos que dan la natural fecundidad del terreno; moderados en sus deseos, pacientes en la fatiga y en la opresion, aficionados á la meditacion y la vida contemplativa.

Tal es el país que los antiguos veneraban como maestro; que fué como un arcano para sus ojos; que Alejandro no pudo conquistar; cuya tenaz civilizacion fué abatida, aunque no desarraigada, por la espada de los musulmanes; y que ahora se encuentra abandonado á la sagaz especulacion de mercaderes, que ya que no dejen de usufructuarlo en propio provecho, todavía tienen el mérito de haber puesto término á la débil y rapaz administracion de los rajas nacionales, y á la cruel é insaciable codicia de los nababs musulmanes. Así, en el espacio

de seiscientas leguas, ochenta millones de indios consideran como libertadores á estos tiranos europeos que les dejan continuar sus pacíficas tareas, fabricar sus tejidos finísimos, permanecer absortos en sus éxtasis y acabar sus dias con el suicidio. Acaso modificado su deseo de quietud, objeto principal de sus votos, con la actividad inglesa, podrán algun dia presentarse otra vez en la escena del mundo civilizado, unidos con él en santa fraternidad de amor, de obras y de creencias.

La expedicion de Alejandro Magno en lo antiguo, y en los tiempos modernos los establecimientos portugueses é ingleses, fueron los que nos dieron á conocer á este pueblo, monumento vivo de una raza anterior. Los soldados del Macedonio conocieron casi únicamente el Pendjab y la parte bañada por el Indo; pero de los modernos es más conocida la costa oriental de la Península situada á este lado del Ganges. Los primeros, sin embargo, no podian comprender una civilizacion tan distinta de la griega; y aquellos mismos que la vieron por sus propios ojos, contaron cosas que fueron tenidas por fabulosas, hasta que los descubrimientos sucesivos han demostrado que no fingian, sino que interpretaban falsamente ó exageraban. Por tanto, el estudio de aquel país ha quedado en la infancia, siendo un estudio de curiosidad más bien que completo y científico hasta la época presente, en la cual ha sido objeto de las tareas de elevados ingenios y diligentes investigadores, que nos han hecho admirar aquellas estupendas reliquias, y han demostrado la falta de fundamento con que no sólo la Grecia sino también el Egipto pretenden la prioridad entre las naciones.

Aquel pueblo, cuyo carácter especial es la imaginacion, parece que tiende siempre á emanciparse del mundo positivo, y á trasladarse á la region de las ideas. Así para él la geografía es puramente mitológica, y en la inmensidad de sus *calpas* de centenares de millares de siglos, la Historia se confunde y aparece esencialmente mezclada con la fábula.

Se llaman *calpas* las edades del mundo cuya duracion ha sido multiplicada ilimitadamente por la fantasia india, como si obligada á resolver los grandes problemas del origen de las cosas y del mal, hubiera creído, cuando ménos,

alejarse lo incalculable del tiempo. El año humano de los Indios es de 360 dias; el de los dioses de 360 años humanos; y durante la vida de cada dios, 12.000 años divinos, ésta se iguala á 4.520.000 de los nuestros. Sin embargo, tan dilatado espacio de tiempo no es más que un dia de Brama, calcúlese lo que será un año!

Cada edad del mundo es la vida de un dios, esto es, 12.000 años divinos, y se divide en cuatro *yugas* ó épocas, durante las cuales el espíritu creador se aleja cada vez más de su vigor primitivo. «En la primera edad, la justicia en forma de toro se mantiene firme sobre sus cuatro piés; reina la verdad; los hombres exentos de enfermedades, llenan todos sus deseos y viven 400 años. En las siguientes, la justicia pierde sucesivamente un pié; las honestas utilidades se disminuyen gradualmente en una cuarta parte, y otro tanto se acorta la vida humana; hasta la estatura del hombre merma, y al terminar la última edad, que es la presente, los hombres, convertidos en pigmeos, y no tendrán fuerza para arrancar de la tierra la menor planta sin el auxilio de algun instrumento á propósito.» Esta edad empezó mil años antes de Cristo, y durará cuarenta siglos.

Poco cuesta á la imaginacion acumular los siglos; pero en este espacio ilimitado, ¿es posible encontrar algun punto fijo? Y aun cuando aparezcan tres períodos distintos, señalados por graves mudanzas en la religion, todavía por más esfuerzos que se han hecho, no se ha podido fijar con exactitud una sola fecha antes de Cristo; y aun los hechos averiguados no comienzan sino hácia el año 1.000 de la era vulgar.

## CAPITULO XII.

### EGIPTO.

#### Fuentes históricas.

Los egipcios, como todos los demas pueblos, tuvieron tradiciones alegóricas y épicas; los sacerdotes mostraban abultados rollos de papiro; pero el tiempo lo ha destruido todo. Moisés nos da un retrato fiel del Egipto en sus tiempos, no una historia; y los escritores hebreos sucesivos no bablan palabra de aquel país sino cuando sus vicisitudes tienen alguna relacion con los